

otras pruebas. Hoy pensamos dirigirnos al jefe de Princetown para decirle en qué parte del páramo debe ser buscado el presidiario, pues hemos desistido de la idea de prenderle nosotros.

»Tales son las aventuras de anoche, y no negará usted, mi querido Holmes, que se las he referido con todos sus detalles. Tal vez no ofrezca interés ninguno para usted la mitad de lo que he escrito, pero me pareció que no debía ocultar nada para que pueda usted elegir lo que más le convenga. No puede negarse que adelantamos algo.

»En cuanto á los Barrymore, hemos descubierto las causas de su manera de proceder, lo que explica por lo menos uno de los misterios.

»En cambio, el páramo, con sus secretos y sus extraños habitantes, permanece tan impenetrable como el primer día, como siempre. Acaso en mi próxima pueda explicar también algo de esto, aunque mejor sería que viniese usted para animarnos con su presencia.»

X

Vengo exponiendo hasta aquí los relatos que envié á Sherlock Holmes durante los primeros días de estancia en el castillo; pero llego ahora á una parte de mi narración, en la que me veo obligado á abandonar tal sistema, para confiarme de nuevo á mi memoria con ayuda del *Diario* que escribí en aquella época. Empiezo, pues, desde la mañana siguiente á la noche en que perseguimos al presidiario.

16 de Octubre.—Día de niebla, triste y lluvioso. Espesos grupos de pardas nubes envuelven la casa como en una capa oscura, desapareciendo sólo de cuando en cuando para dejar al descubierto las sinistras curvas del páramo. Tan abatidos y melancólicos estamos dentro de la casa como tristón está el exterior. Sir Henry parece como si evocara el recuerdo de las emociones de anoche. Está pensativo y silencioso. Por mi parte siento un peso en el corazón. Sin duda es el presentimiento de un peligro que nos amenaza, tanto más terrible cuanto no puede definirse.

¿Acaso no hay motivos de sobra para el presentimiento? Hay que tener en cuenta la larga y conti-



nuada serie de incidentes que vienen anunciándonos la presencia de un mal muy grave. En primer lugar la misteriosa muerte del último propietario del castillo, muerte que con tanta exactitud se ajustaba á los detalles de la leyenda; luego las repetidas manifestaciones de los labradores acerca de la existencia de un extraño criminal en el páramo. Con mis propios oídos he escuchado ya dos veces un ruido que parecía el aullido de un perro. Es increíble... imposible que sea esto ajeno á las leyes vulgares de la Naturaleza. No se concibe que un perro inmaterial deje sus huellas en la tierra ni llene el aire con sus aullidos.

Stapleton puede creerlo y Mortimer también, pero yo me considero ¡qué duda tiene! con bastante sentido común para que nadie me haga creer semejante disparate. El darle crédito sería ponerme al nivel de esos pobres labradores, quienes no se contentan con decir que existe el animal, sino que lo describen lanzando fuego por los ojos y por el hocico. Holmes no daría oídos á semejantes patrañas, y yo soy su agente. Sin embargo, no hay nada tan terco como la realidad, y he escuchado ya dos veces el aullido. Si en verdad existiera un enorme perro en el páramo, tendría explicación el aullido; pero no lo creo probable. ¿Dónde se ocultaría un animal así? ¿Dónde obtendría el alimento? ¿Cómo es que no se le ve de día? Preciso es reconocer que la explicación natural ofrece tantas dificultades como la otra.

Y, después de todo, siempre quedará el incidente

del espía en Londres, el individuo del coche, la carta que aconsejaba á sir Henry que no fuera al páramo.

Estas dos cosas, por lo menos, eran bien palpables, aunque tanto podían ser obra de un amigo como de un enemigo. ¿Dónde se hallaba ahora esa persona, fuese amigo ó enemigo? ¿Se habría quedado en Londres ó nos había seguido á Devonshire? ¿Sería acaso el hombre cuya silueta ví en la cima del cerro? Por más que no le he visto más que una vez, estoy segurísimo de que no fué ninguna de las personas á quienes he conocido en esta comarca. Y creo que ya las conozca á todas las que aquí viven.

Era un hombre mucho más alto que Stapleton y más delgado que Frankland. Barrymore podía haber sido, pero le habíamos dejado en casa y no era posible que en aquel momento se hallase allí. Es evidente, pues, que alguien nos sigue la pista en Baskerville como nos la siguió en Londres. No hemos conseguido deshacernos de este misterioso espía. Si yo pudiera echarle mano, creo que nos hallaríamos al principio del fin. Resuelvo, pues, averiguar á todo trance quién es, y para conseguirlo pondré todas mis energías.

Mi primera idea fué contar á sir Henry todos mis planes, pero después lo he pensado mejor, y estoy decidido á trabajar solo y no revelar á nadie mi modo de pensar. Sir Henry está abatido y triste. El ruido que sentimos en el páramo le ha puesto nervioso y le tiene intranquilo. No le diré nada que pueda aumen-



tar su ansiedad, pero tomaré mis medidas á fin de conseguir lo que me propongo.

Esta mañana, después del desayuno, tuvimos un disgustillo. Barrymore pidió permiso para hablar á solas con sir Henry, y estuvo encerrado con él en su despacho un buen rato. Esperando en el salón de billares, que está contiguo, sentí voces más de una vez y pude formarme una idea de cuál era el punto que se discutía. Transcurridos unos treinta minutos, sir Henry abrió la puerta y me llamó.

—Barrymore considera que se le ha hecho un agravio—me dijo.—Cree que procedimos mal al perseguir anoche á su cuñado, después de habernos revelado él cuál era su paradero.

El criado permanecía de pie ante nosotros pálido, pero tranquilo.

—Ruego á usted, sir Henry—exclamó,—me disculpe si he dicho más de lo que debiera, pero me extrañó muchísimo que salieran ustedes en busca de ese desgraciado. Hartas son las dificultades con que tiene que luchar, sin que por culpa mía vea aumentadas sus penas.

—Otra cosa hubiera sucedido, Barrymore—contestó sir Henry,—si usted nos hubiese hablado con franqueza; pero sólo cuando se vieron ustedes descubiertos fué cuando les arrancamos la verdad. Y, después de todo, no fué usted quien nos lo dijo, sino su mujer.

—No creí que hubieran ustedes aprovechado nuestras manifestaciones.

—Vuestro cuñado constituye un peligro para el pueblo. Hay casas muy solitarias en el páramo, y es un hombre, como usted sabe, que no tiene escrúpulo ninguno. Allí está la casa de Stapleton, aislada, completamente sola, sin nadie más que él para defenderla. En fin, que mientras ese individuo permanezca en libertad ninguno puede vivir tranquilo.

—Yo le aseguro á usted, sir Henry, que no haré mal á nadie; respondo de eso bajo mi palabra de honor. Dentro de muy pocos días quedará todo arreglado á fin de que se embarque para América. ¡Por Dios le pido á usted, señor, que no avise á las autoridades que todavía se encuentra en el páramo! Han desistido de buscarle allí y puede ocultarse tranquilamente hasta que llegue el momento de emprender el viaje.

—¿Qué le parece á usted, Watson?

Me encogí de hombros.

—Si supiéramos fijamente que salía del país...—contesté al cabo de un momento.

—¿Y si le diera la tentación de atacar á alguien en tanto?

—Pierda usted cuidado, sir Henry, estoy seguro de que no lo hará. Le hemos proporcionado todo cuanto puede necesitar. El cometer un crimen sería descubrirse.

—Eso es verdad—dijo sir Henry.—Pues bien, Barrymore...

—¡Dios se lo recompense á usted, sir Henry!—exclamó el hombre con visible agradecimiento.—Mi



mujer hubiera muerto de pena si lo hubiesen apresado otra vez.

—Paréceme que cometemos una felonía; ¿verdad, Watson? Sin embargo, en vista de lo que acaba de decirme Barrymore, no tengo valor para denunciarle; así que damos por terminado el asunto. Está bien, Barrymore; puede usted retirarse.

Murmurando palabras de gratitud el hombre fué hacia la puerta, pero vaciló un momento y volvió otra vez hacia nosotros.

—Tan generoso ha sido usted, sir Henry—dijo—que creería faltar á mi deber si no le hiciese una revelación, aunque tal vez peque de tardía. Pero no lo supe hasta mucho después de la investigación, y esta es la hora en que á nadie he hecho ni la menor manifestación. Se refiere á la muerte del desgraciado sir Charles.

Nos pusimos en pie como movidos por un resorte.

—¿Sabe usted de qué murió?

—No, señor; eso no lo sé.

—¿Qué sabe usted, pues?

—Sé por qué estuvo en el portillo del páramo á una hora tan avanzada de la noche. Esperaba á una mujer.

—¿A una mujer sir Charles?

—Sí, señor.

—¿Y quién era esa mujer?

—Lo ignoro, pero sus iniciales son estas: *L. L.*

—¿Cómo sabe usted eso, Barrymore?

—Su tío de usted recibió aquella mañana una carta,

ta, sir Henry. En ella no había nada de particular, porque recibía muchas; pero sucedió que aquel día sólo llegó una; por eso me fijé en ella. Venía de Coombe Tracey y la letra era de mujer.

—¿Qué más?

—No pensé más en la carta, ni me hubiera acordado más de ella si no me hubiera llamado la atención mi mujer. Hace unos quince días estuvo limpiando el despacho de sir Charles (pues no habíamos querido tocarlo desde que murió), y entre las cenizas de la chimenea encontró los restos de una carta quemada. No era más que un pedacito lo que podía leerse todavía. Parecía la postdata de una carta y decía así: «Ruego á usted, como caballero, que queme esta carta en cuanto la lea, y le pido por favor que no deje de estar en el portillo esta noche á las diez. Allí le espero.» Estaba firmada con las iniciales *L. L.*

—¿Conserva usted el pedacito de papel?

—No, señor; quedó reducido á cenizas en cuanto lo tocamos.

—¿Había recibido anteriormente sir Charles otras cartas con la misma letra?

—No lo sé, señor. Nunca me fijaba en las cartas que recibía. Si me fijé en aquella fué porque vino sola.

—¿Y no tiene usted alguna idea de quien pueda ser esa *L. L.*?

—No, señor; absolutamente ninguna. Pero creo que, si pudiéramos dar con esa mujer, sabríamos algo más de la muerte de sir Charles.



—No comprendo, Barrymore, cómo ha podido usted callar una cosa de tanta importancia.

—Al día siguiente del hallazgo, señor, tuvimos el terrible disgusto del cuñado. Por otra parte, tanto mi mujer como yo queríamos mucho á sir Charles; era noble y generoso, y tenemos mucho que agradecerle. Así que, como nada podíamos hacer ya en su obsequio, y como se trataba de una mujer, creímos más prudente callarnos.

—¿Creía usted acaso que sufriría su reputación?

—Por lo menos creí que ningún favor le haríamos á sir Charles con revelarlo. Pero ya que nos ha tratado usted tan generosamente, me pareció que debía decírselo á usted.

—Está bien, Barrymore; puede usted retirarse.

Cuando el criado nos dejó solos, preguntó sir Henry:

—¿Qué le parece á usted esto, Watson?

—Me parece que todo sigue tan oscuro como antes.

—Eso me parece también á mí. No obstante, si pudiéramos hallar á esa *L. L...* ¡quién sabe! De todos modos algo se ha adelantado. Tenemos ahora noticias de que hay alguien que está enterado de las circunstancias de la muerte. Lo que hay que hacer es buscar á ese alguien. ¿Por dónde le parece á usted que empecemos.

—Ante todo—contesté,—avisemos á Holmes. Con esto tendrá el dato que tanto desea. Y mucho me equivoco si esto no le hace venir aquí.

Inmediatamente me encaminé á mi cuarto para escribir á mi amigo refiriéndole la conversación de la mañana. Le suponía yo muy atareado con sus trabajos en Baker Street, porque las cartas que me escribía eran cortísimas y apenas si aludía á mi misión ni á las noticias que yo le había comunicado. Sin duda el caso de falsificación absorbía todas sus facultades. No obstante, creo que este nuevo factor excitará su interés por nosotros. ¡Ojalá estuviera aquí!

17 de Octubre.—Ha estado lloviendo todo el día, lo cual me hizo recordar la vida que llevará el presidiario allá en el frío, solitario y melancólico páramo. ¡Pobre hombre! Cualesquiera que sean sus crímenes, bien los debe estar purgando ahora. Pensé también en el individuo del coche, aquel cuya silueta ví destacarse sobre la cima del cerro. ¿Estaría él también allí expuesto á los rigores de la tempestad?

Por la tarde cogí el impermeable y salí á dar un paseo por el páramo con el alma llena de negros sentimientos. La lluvia me azotaba el rostro y el viento silbaba en mis oídos. ¡Dios proteja al que con este temporal ponga el pie en el Charco de Grimpen! Si hasta las mesetas altas parecen pantanos, ¿cómo estará aquel terreno, que aun con tiempo seco es un pozo de lodo.

Dirigí mis pasos hacia la parte llamada Cerro Negro, donde yo había visto aquella solitaria figura, y desde su escarpada cima contemplé la tétrica perspectiva que ofrecía el páramo.

Allá á la izquierda elevábanse, por encima de los



árboles, las dos torrecillas del castillo Barkerville, única señal de vida humana que se veía en toda aquella inmensa extensión de terreno estéril y desierto, excepción hecha de la multitud de cuevas prehistóricas que abundan en los declives de los cerros. Por ningún sitio ví indicio ni rastro alguno del individuo cuya silueta habíame sorprendido allí dos noches antes.

De regreso al castillo me alcanzó el doctor Mortimer, que venía de visitar á sus enfermos de Houlmire. El doctor ha sido muy atento con nosotros, y apenas ha dejado pasar un día, ni uno solo, sin venir á visitarnos y á ver qué tal nos iba. Accediendo á su cariñosa invitación, subí al tilbury con él. Estaba muy disgustado por la desaparición de su perrito. Parece que salió solo de casa, que se dirigió al páramo y no volvió más. Procuré calmarle; pero acordándome de la jaca que ví perderse en el Charco, no pude menos de pensar que lo más probable sería que se quedase sin el perro.

—Y á propósito, Mortimer—dije luego,—usted conocerá á casi todos los habitantes de estos alrededores, ¿no es así?

—A todos, sin casi—contestó.—No creo que haya nadie á quien no conozca.

—¿Podiera usted decirme el nombre de una mujer cuyas iniciales sean *L. L.*?

Estuvo meditando un momento.

—No—contestóme.—Hay algunos labradores y gitanos cuyos nombres no recuerdo muy bien; pero

entre las personas de buena posición no creo que haya nadie de esas iniciales. ¡Ah! sí, calle usted; si que la hay—añadió después de un instante. Laura Lyons, cuyas iniciales son *L. L.* Pero ella vive en Coombe Tracey.

—¿Quién es ella?

—La hija de Frankland.

—¡Cómo! ¿Del viejo excéntrico?

—De ese mismo. Laura casó con un artista que venía al páramo á dibujar. Resultó que era un perdido, y muy poco después de casados la abandonó. Según parece, la culpa no fué sólo del marido. Sea como quiera, ello es que el padre no quiso ver más á su hija. Primero, porque casó sin su consentimiento, y luego por otras razones muy especiales. Así que, entre unas cosas y otras, la pobre muchacha lo ha pasado muy mal.

—¿De qué vive?

—Frankland debe pasarla alguna pensión, muy poca cosa, porque no anda tampoco muy bien. Ignoro lo que habrá de cierto en lo que se cuenta; pero de todos modos, no podía permitirse que la chica se perdiera por completo. Cuando se supo lo que sucedía, se reunieron algunas personas y trataron de ponerla en situación de que pudiera ganarse honradamente la vida. Stapleton dió algo, sir Charles mucho, yo puse lo que pude y entre todos compramos una Remington. Ahora se gana la vida escribiendo y copiando con la máquina.

El doctor quería saber á qué obedecían mis pre-



guntas, pero yo supe arreglarme de manera que satisficiera su curiosidad sin aventurarme demasiado.

Mañana á primera hora iré á Coombe Tracey, y si consigo ver á esa L. L., de dudosa reputación, creo que habré dado un buen paso hacia el esclarecimiento de uno de los misteriosos incidentes de mi misión.

Se me figura que voy siendo cada vez más astuto, porque al ver que las preguntas del doctor llegaban á profundizar más de lo conveniente, llevé la conversación á otro lado, y, como por casualidad, mostré deseos de saber á qué raza pertenecía el cráneo de Frankland. Desde aquel momento hasta el término de nuestro paseo no se habló más que de craneología. Creo que supe aprovechar el tiempo de mi convivencia con Sherlock Holmes.

Sólo un incidente más me queda por referir de tan triste y borrascoso día. Es mi conversación con Barrymore, el que me da otra carta que sabré juzgar á su debido tiempo.

Mortimer se quedó á comer con nosotros, y después sir Henry y él se pusieron á jugar al *ecarté*. Barrymore me trajo el café á mi despacho y aprovechó la ocasión para hacerle algunas preguntas:

—¿Qué es de su cuñado, Barrymore?—le dije.—¿Se ha ido ya ó anda merodeando por el páramo?

—No sé nada, señor. ¡Dios quiera que se haya marchado, porque aquí no ha traído más que disgustos! No le he visto desde hace tres días, que fué cuando le llevé la comida la última vez.

—¿Habló usted con él entonces?

—No, señor; pero cuando volví, la comida no estaba allí ya.

—En ese caso hay que suponer que estaría.

—Así parece, á no ser que fuera el otro quien se la llevó.

Me detuve con la taza en la mano y miré á Barrymore con asombro.

—¿De manera que hay otro en el páramo?—pregunté.

—Sí, señor, hay otro.

—¿Le ha visto usted?

—No, señor.

—¿Entonces cómo sabe usted que está allí?

—Hace más de una semana que me lo dijo mi mujer—contestó Barrymore.—También ese otro vive aislado y ocultándose, aunque no creo que sea subsidiario. Créame usted, doctor, no me gusta nada el aspecto que van tomando las cosas en el páramo; no, no me gusta.

Estas últimas frases las dijo con no fingida vehemencia.

—Escuche usted, Barrymore—añadí luego,—el único interés que tengo yo en este asunto es el bien-estar de sir Henry. Mi venida al castillo no tiene otro objeto que el de ayudarle en lo que me sea posible. Pues bien, dígame con franqueza, ¿qué es lo que no le gusta á usted?

Barrymore tardó un momento en contestar. Por fin, dijo como si hallara dificultad para expresarse:



—Esos misterios del páramo, señor. Juraría yo que alguien trama alguna villanía, y crea usted, que sería para mí una satisfacción el saber que sir Henry regresaba á Londres.

—¿Pero á qué misterios se refiere usted?

—Primeramente, la muerte de sir Charles. Por más que las autoridades encontraron explicación para ella, fué harto triste y misteriosa. Luego los ruidos que se oyen en el páramo durante la noche. No hay quien se atreva á cruzarlo después de la puesta del sol. Además, ese desconocido que se oculta allí vigilando y esperando... ¿A quién vigila? ¿A quién espera? Seguro estoy, doctor, de que todo eso no significa nada bueno para quien lleve el apellido Baskerville. Por mi parte me alegraré de que venga la nueva servidumbre á encargarse del castillo.

—¿Qué señas puede usted darme del desconocido? ¿Qué dijo su mujer de usted? ¿Sabe dónde se oculta y qué hace allí?

—Me dijo que le había visto dos ó tres veces, pero que tiene mucho cuidado de que no se le descubra. Al principio creyó que sería algún guarda, pero pronto se convenció de que poderosos motivos deben obligarle á permanecer allí.

—¿Y dónde está?

—Debe de ocupar una de las cuevas del cerro donde dicen que vivían las gentes prehistóricas.

—¿Cómo se arregla para comer?

—Mi mujer me dice que ha visto á un muchacho

ir y venir, y que él debe ser quien le lleva todo lo necesario. Probablemente irá á comprarlo á Coombe Tracey.

—Está bien, Barrymore. Volveremos á hablar de esto.

Cuando se marchó el criado me acerqué al balcón para contemplar á través de los cristales borrosos por la lluvia el siniestro contorno del páramo, las negras masas de nubes y el cimbrear de los árboles agitados por el vendaval. Si aun dentro de casa (pensabayo) impresiona la tempestad, ¿qué será allá en una de las miserables cuevas de los cerros? Motivo muy poderoso tiene que ser el que obligue á un hombre á vivir en semejante sitio.

Allá en el centro del páramo parece estar la solución del problema que tan preocupados nos trae. Juro, pues, que no ha de pasar un día más sin que haga yo todo lo posible para penetrar hasta el fondo del misterio.